



## In memoriam: *Antología* (2017) de Rodolfo Eduardo de Roux G.: ratificación de una poética del afecto y decantación del propio universo lírico\*

Cristo Rafael Figueroa Sánchez\*\*  
Pontificia Universidad Javeriana

A mediados de los años 90 del siglo XX, el padre Enrique Gaitán Dávila, S. J., me dio a conocer varios poemas de su amigo, el reconocido teólogo jesuita Rodolfo Eduardo de Roux, a quien conocía y admiraba por medio de su sobrina, Lía de Roux de Caicedo, de sus conferencias, artículos y clases en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana.

Desde esta primera lectura de un grupo de sus poemas me apeló a profundidad su lirismo concentrado y la transparencia de su imaginario poético, el cual no solo me vinculaba de nuevo con célebres tradiciones literarias, sino que me permitió acercarme al sacerdote, al guía espiritual y al maestro de vida para quien la poesía es captación sensible de lo que no se ve con los ojos físicos, diálogo profundo con nuestra interioridad y con Dios, y acceso privilegiado al misterio de la trascendencia.

Sobra decir que me honra y conmueve haber estado cerca y haber sido discípulo de alguien con la altura espiritual del padre Rodolfo Eduardo de Roux, quien quiso que presentara su *Antología* al lado de personalidades destacadas de la Universidad Javeriana, como su rector, el padre Jorge Humberto Peláez S. J., de directivas y estudiantes de la Facultad de Teología y de personalidades altamente sensibles y conocedoras de memorias poéticas colombianas y de varias latitudes.

\* Este documento se publica en el marco de la conmemoración de los 85 años de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Corresponde a una reelaboración y ampliación de la presentación de *Antología*, de Rodolfo Eduardo de Roux. S. J., gran maestro de teología de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

\*\* Correo electrónico: [figueroa@javeriana.edu.co](mailto:figueroa@javeriana.edu.co)

## Un saber/sentir lírico acumulado

En la lectura detenida y en relieve de la materialidad del lenguaje de la poesía de Rodolfo de Roux, me antecedió la voz maestra, sensible y autorizada de quien fuera mi primer formador en la exégesis textual, el padre Enrique Gaitán Dávila, otro jesuita destacado que nos dejó hace siete años y quien me introdujera en los senderos de la poética de su amigo cercano, cuya memoria celebro desde las resonancias de su voz lírica; con la lucidez que siempre caracterizó las lecturas del padre Gaitán, señalaba en 1995, año de publicación de la obra “completa” del padre De Roux, *Vida que pasa*<sup>1</sup>, que el núcleo de la misma es la conciencia profunda de vivir en el transcurrir del tiempo; por eso el *camino* es uno de los símbolos rectores de dicha poética, cuya significación destaca en un enunciado abarcador: “El camino del hombre es un día, que tiene su amanecer, *Primer ofertorio*, tiene su transcurso, *Caminos de sol y niebla*, y llega así, pleno de lo vivido al *Atardecer*”<sup>2</sup>.

Esta conciencia de “existir en el tiempo” está presente en la obra poética de Rodolfo de Roux como “el modelo operacional de la existencia” –parafraseando a Bernard Lonergan–, que sin duda parece dar forma a su producción lírica, la cual, en cuanto diálogo con Dios por medio de Jesús nace de sus experiencias con la naturaleza y con las personas, a quienes es necesario amar porque caminamos juntos por la vida hacia la eternidad. De allí la acumulación de cadenas simbólicas que cada vez marcan un crecimiento en el proceso de interiorización de todo auténtico lirismo; en este caso se destacan, entre otros simbolismos recurrentes, el camino, las instancias del día, el agua que corre, la inmensidad del mar, el misterio de la noche.

Poco a poco, en dicho proceso de condensación lírica va desapareciendo la distancia entre el mundo y el yo hasta llegar casi a una fusión de las esferas objetiva y subjetiva, donde todo se convierte en interioridad y las palabras gravitan en profundidad vertical hasta explotar en haces de sentido. Las metáforas y demás imágenes, colmadas de resonancias y memorias personales y colectivas, contienen un alto poder

<sup>1</sup> La obra comprende tres volúmenes: *Primer ofertorio* (poemas entre 1943 y 1955), *Caminos de sol y niebla* (poemas entre 1956 y 1979) y *Atardecer* (poemas entre 1975 y 1995). Me enorgullece también haber estado cerca de su quehacer como novelista; leí la primera versión de su única novela, *El dolor de la tierra* (2004) y luego publiqué un estudio crítico sobre la misma, en el cual destaco –no por casualidad, ahora lo comprendo mejor– que su visión de mundo en relación con la violencia política en Cundinamarca, y por extensión en el país, se concentra en la necesidad del perdón y la reconciliación como estructura axiológica. Sin duda, este rasgo narrativo se conecta con el yo lírico del padre de Roux, quien desde siempre habitó los terrenos de una poética del afecto, del vínculo y de la consideración por el otro, motivos de rancia estirpe lírica, que igualmente integraron su ser y su estar en la vida, en el sacerdocio, en el servicio espiritual y social y en el saber teológico.

<sup>2</sup> De Roux, *Vida que pasa* 1, 7.

de revelación, cuya atmósfera enunciativa genera meditaciones, reflexiones filosóficas, inquietudes metafísicas, arrobamientos y varias formas de epifanías<sup>3</sup>.

## Los secretos de la nueva ordenación del material lírico

De acuerdo con el padre de Roux –en varios diálogos sostenidos con él entre 2016 y buena parte del 2017– decidió intervenir su propia obra poética con la ayuda de la mirada amorosa y de la capacidad selectiva de su sobrina Lía, quien además de editora connotada, es conocedora y lectora sensible de poesía y de la de su tío en particular.

Este proceso supone filtraciones semánticas, afirmaciones de gustos y de perspectivas estéticas, acentuaciones, fugas, giros, en fin, selección, decantación, y un nuevo ordenamiento del material poético. Dicho quehacer obedeció –según sus palabras– a un criterio estético que prioriza la intensidad lírica por encima de lo anecdótico y meramente referencial; es decir, se seleccionaron los poemas que expresaran más intensamente “los atajos de sí mismo”: el yo afectado por el mundo, la búsqueda de Dios, la opción por motivos líricos generadores de intensas interiorizaciones y la necesidad de ser con el mundo (la alteridad), proceso en el cual se destacan recuerdos, sitios, la naturaleza toda, personas, memorias e inmersiones en las profundidades de la vida.

Precisamente, la nueva ordenación de poemas, además de contener variedad de facturas poéticas –coplas evocadas o creadas, apóstrofes líricos, alocuciones, plegarias, enunciados condensados, etc.–, también despliega variedad de ritmos interiores y diversas combinaciones estróficas de endecasílabos, dodecasílabos, heptasílabos, pentasílabos, poemas de dos versos y formas literarias heredadas y alteradas con intenciones rítmicas y semánticas.

Los cinco apartados del poemario, con sus elocuentes títulos, hablan a las claras del significado profundo del trayecto lírico transitado por Rodolfo de Roux, el cual es el mismo de siempre y simultáneamente es otro, nutrido ahora con mayor conciencia del tiempo y con la mirada abarcadora y tranquila de quien ha vivido a plenitud y conserva acrecentado, lo más entrañable y a la vez lo más comunicable de su experiencia de trascendencia: (1) Por atajos profundos de mí mismo. (2) Caminar tras de ti. (3) La melodía del paisaje. (4) A todos los llevo dentro porque a todos los amé. (5) Y se volvieron canción.

<sup>3</sup> Para profundizar en el lirismo como actitud existencial y como forma poética, véase a Aguiar e Silva, “Lírica, épica y dramática”, 180-186, y a García Berrío y Huerta Calvo, “Los géneros poético-líricos”, 151-165.

## “Por atajos profundos de mí mismo”

Este apartado puede leerse como un viaje por la memoria personal y se despliega en un volver a mirar escenas y situaciones olvidadas por medio de los recuerdos, los cuales son las puertas del alma que la función poética abre poco a poco: los símbolos nos van conduciendo de lo conocido a lo menos conocido, e incluso a lo desconocido. Así, el sujeto lírico<sup>4</sup> se desdobra y dialoga consigo mismo para valorar el silencio de las cosas más simples; por eso, el poema es el instante en que este sujeto siente/canta que el universo anida en sus pupilas, luego del impacto que produce en él una noche estrellada.

Así mismo, en los atajos del corazón descubre que se realiza plenamente al ser con lo otro y con el otro, y de manera especial lo realiza ser amor, lo cual significa ser palabra, puente y sentido (*ser así*). Igualmente, el sujeto lírico se sabe portador de la vibración de la vida: lirismo profundo centrado en la percepción gozosa de “las hojas secas en el viento”, cuya vida fue y es un milagro y ello de por sí es suficiente; en este sentido, la actitud lírica consiste en darle forma a “los cosquilleos del sol” y a “las abejas de mi dicha”, o es tener la conciencia que en el “cuenco de un instante” se contiene la vida (*Locura del instante*)

Por otra parte, a este sujeto lírico lleno de mundo, la creación se le presenta como dádiva sin fin; en consecuencia, su receptor es el Amor con mayúscula, es decir, Dios, quien ha dispuesto todo para el disfrute del hombre (*Amor*). Con la misma emoción sabe de la vida que se da y se ofrece sin reservas, la cual no por casualidad se alegoriza en el viejo guayacán, padre y sacerdote de la selva, que es huella perenne del amor divino (*Sacerdotale*). A su vez, se identifica con la noche porque la condición de esta –como de la fe– es contener “sombras luminosas” que solo el corazón explora (*Amo la noche*). Así mismo, las campanas que lo acompañan “siguen llamando el alba” como persistencia de la vida dentro del transcurrir temporal (*Véjez*). El poema, entonces, se convierte en un nacimiento permanente, en cuyo seno rebosa “la vida de los tallos” y las hojas secas presienten la primavera (*Hojas secas*).

En otros poemas de esta primera sección, el sujeto lírico, al emular a Jesús, se realiza en el darse: ser alero que a nadie niega su sombra o árbol que a todos ofrece

<sup>4</sup> Slawinski explicita la construcción del sujeto lírico como categoría literaria diferenciada del individuo biográfico; de esta manera, dicho sujeto lírico se origina en las relaciones entre el individuo biográfico y el autor y su entidad nos conduce a la pregunta por el rol de este implicado en su obra: “Este sujeto es definido en cada ocasión por su diálogo con la materia, con el esquema de soluciones que se imponen, con las normas estilísticas y compositivas, en una palabra: con los modelos y directrices de la tradición literaria, los cuales crean- positiva o negativamente- los marcos para la iniciativa del sujeto” (Slawinski, “Sobre la categoría del sujeto lírico”, 337).

sus pomas (*Entrega*). Por eso, mientras otros cantan hazañas y amores, el sujeto lírico del padre de Roux le canta a la vida en una simple tonada que “cabe en el cuenco de una flor” (*Tonada simple*). Incluso se siente poseedor de “un corazón pagano” porque “me canta azul/el cielo en las pupilas/y en mi deseo/convulsiona un volcán” (*Corazón pagano*).

Finalmente, en la vejez serena, sabe/siente que él y su corazón siempre serán jóvenes porque su noche no deja de apuntar a un nuevo amanecer (*Camino de la tarde*) y, como San Francisco, se hermana con la muerte y la transforma de abismo oscuro y torre carcelaria, en puente, frontera, puerta, camino y “compañera del alba” (*Travesía*).

### “Caminar tras de ti...”

En el segundo apartado, la presencia amada y siempre buscada de Dios, el tú esquivo/cercano del poemario, se va acercando más cada vez y se hace presencia que propicia el paisaje, las cosas, los recuerdos; así, este “murmullo” del mundo es capaz de despertar al yo lírico del silencio hasta volverlo “vena rota” de donde mana el gozo, y a la vez, la agonía de ser (*Vena rota*). De esta manera, las esperas de nuevos nacimientos y de epifanías renovadoras –poética de esta sección y del poemario– transforman la barca/vida del yo lírico: Dios la blanquea con el perdón y la vuelve cada vez más liviana (*Epifanía*).

En tal perspectiva se destacan imágenes recurrentes que connotan la cercanía y el diálogo con Dios: lluvia de pájaros, rebaños de estrellas o campanas de gozo (*Campanas; Contigo*). El poema es ahora el espacio donde acontecen nuevos significados, solo posibles gracias a la cercanía de Dios: después de transitar senderos difíciles, de experimentar pérdidas, extravíos y nostalgias, la fatiga se remoja en la alborada de la mañana y es posible entonces recomenzar el trayecto (*Tras de ti*).

Si bien cierta tradición silenció la inmanencia de Dios, en su búsqueda, el yo lírico sabe que él está dentro de nosotros, en los otros seres y en las cosas (*Me dijeron de niño; Teofanía*). Precisamente, la plegaria del sujeto lírico, análoga a las súplicas de Rubén Darío en *Cantos de vida y esperanza*, implora a Dios que lo haga de nuevo, quizás para poder buscarlo mejor (*Mi oración*). No obstante persisten los reclamos, pues ninguna señal divina parece colmar del todo los deseos de este sujeto (*Reclamo*): sabe que Dios se hace el “encontradizo” y al mismo tiempo descubre su deseo de hallarlo en el vínculo con los otros (*Emaús*).

Por otra parte se destaca la tensión entre desolación y consolación, motivos entrecruzados en la poética de Rodolfo Eduardo de Roux: por una parte, el yo lírico siente el dolor de la ausencia de Dios en una larga noche de soledad, sin luz y sin canciones (*Desde lo profundo*), o al buscarlo, desesperanzado, siente el cansancio “apelmazado”

(*En la desesperanza*), e incluso, la desesperación lo lleva a hablar con la noche que solo le entrega “los despojos” de la espera; de todas maneras, “trastabillando” busca a tientas su aurora (*Desolación*).

Por otra parte, inspirado en *El cantar de los cantares*, también poetiza el gozo inefable y la alegría de sentir de nuevo la presencia de Dios, tantas veces buscada, presencia que está dentro y fuera del sujeto lírico (*Canción de primavera; En ti*): se manifiesta en el “himno de espumas del río”, en las vibraciones del peñasco y en las “rubias ternuras esponsales”. Así pues, las huellas del que llega no reemplazan el mundo, pero sí lo dignifican y mejoran. Esta presencia divina recién amanecida, si bien es nueva, es la misma de siempre que genera percepciones inéditas y sonoridades nunca oídas (*Canción de la presencia amanecida*).

Un grupo de poemas de esta segunda sección ratifica la plenitud del amor y de la presencia amada en el sujeto lírico (*Solo un rescoldo; Amor que me vas llevando*), hasta el punto de sentir la transparencia de la “carne redimida” de la muerte (*Posesión*). En fin, Dios abre nuevos senderos para el paso confiado de la barca/vida estremecida, que tuvo su “amanecer”, su “mediodía”, su “anochecer” y tiene ahora su “nuevo amanecer” (*Nunc dimittis*), núcleo de la enunciación lírica de la vida y de la obra poética de Rodolfo Eduardo de Roux.

### “La melodía del paisaje”

La tercera sección agrupa la “otredad”, siempre visible y audible de esta poética y en la cual el yo lírico se significa y reconoce. Se trata de “la balada de las cosas sencillas,” también enunciado fundamental del mundo poético del autor. En efecto, luego de educar la mirada, es necesario oír, ver, palpar y oler el mundo; por ello, el yo lírico pide silencio y paciencia al corazón para percibir la “melodía del paisaje” que, al “empapar” el alma, transparenta la canción lírica (*Inspiración*). En esta dirección, la flor más pequeña, el dente de león, alegoriza el alma, que ahora puede mantenerse limpia y lejana (*Diente de león*), o el sauce pusilánime se identifica con las horas turbias y cobardes del sujeto lírico (*Un sauce*).

Así pues, el paisaje cercano y familiar contiene secretos para quien lo ha vivido con afecto; además, conserva las voces memorables de abuelos amados y de horizontes caros para el corazón que ve más allá de la mera geografía (*Santandercito*); a su vez, el río domina el paso del tiempo que impide el olvido (*Romance del río*). Así mismo, en esta melodía secreta, la clave radica en el desconocimiento que tiene el pozo de los goces que ocasiona a su alrededor, quizás porque su naturaleza consiste en darse a todos (*El pozo*); de la misma manera, en las ruinas del árbol podrido, las abejas olorosas labran “un nuevo corazón” (Árbol caído).

En definitiva, la naturaleza cercana o lejana es memoria y receptáculo para la expresión del sujeto lírico: el río Tormes, en su paso por Salamanca, los ruidos de los Alpes suizos o los encantos de la primera nevada. No obstante, ninguno de estos motivos es la proyección de sus estados de ánimo como sucede en el Romanticismo. Más bien, el sujeto lírico aprende de la sabiduría del paisaje y advierte la consonancia entre esta y lo que acontece en su corazón: como el paisaje tiene su propia voz, lo importante es direccionar el espíritu y la sensibilidad para escucharla (*Caminos de piedra*). Igualmente, los diálogos entre río y quebrada y río y mar constituyen un ciclo vital donde lo grande no vence lo pequeño, sino que los ritmos profundos generan cantos inéditos del agua y hemos de disponer el oído para dicho concierto (*Canción del agua*).

### “A todos los llevo dentro porque a todos amé”

En la cuarta sección del poemario, el yo lírico se gratifica al celebrar sus posesiones interiores: el “agua fresca” guardada en el pozo de su corazón (*Recuerdo*); el adiós al padre, cuyos ojos limpios son presencia ausente (*Sentido*); la rosa roja y joven que, al marchitarse, renace siempre en la conciencia (*Rosa*); la gratitud de la calle con el barrendero de pies andariegos (*Calle arriba*) y la lavandera humilde que dignifica su trabajo al realizarlo con afecto (*Bajo el puente*).

Así mismo, el yo lírico lleva consigo el despertar de la ciudad que a veces se identifica con su amada Cali: calles, buses, ruidos, imágenes religiosas y recuerdos filiales entrañables, todo lo cual se transforma en motivos líricos de hondo significado: el niño ciego que se pierde en los barrancos sin saber quizás que en él sonríe la vida (*Romance del niño ciego*); la Virgen del peñasco con su eterno clamor al cielo (*A la Virgen del peñasco*); la despedida de la madre que tiene sellada en la frente la cicatriz de la ausencia (*Madre*); la solicitud que a ella le hace el sujeto lírico de tejerle un alba blanca para estar protegido en sus brazos como en las misas (*Téjeme un Alba; Madre*); el tambor de bordar de la abuela, cuya labor silenciosa deviene en canto capaz de acunar a Dios (*Tu tambor*). Igualmente, otros poemas de la cuarta sección son homenajes a lecturas inolvidables, a familiares cercanos, hermanos, sobrinas, amigos y a la casa del pasado que queda en pie dentro del corazón.

Por otra parte, es destacable en dicha sección una poética de la sinceridad: el yo lírico dejó su ser en cada gesto, en cada imagen, en cada recuerdo, en cada acto; no por casualidad el poema *Casa Grande* se constituye en alegoría lírica del país que se lleva en las entrañas y del profundo dolor que causan las violencias multiplicadas que lo atraviesan, hasta el punto de sentir a Colombia crucificada por sus propios hijos.

Sin embargo, en medio del dolor, sobresale el lenguaje del amor que construye palabras buenas, palabras de seda, tanto para el guerrillero que piensa renacer más libre, como para el político que debe recorrer pueblos y veredas. La sección se cierra con el poema *Camino*, símbolo rector de la obra poética de Rodolfo Eduardo de Roux, en el cual el sujeto lírico advierte que no está solo porque Dios ha transitado por dicho sendero y, por tanto, en este trayecto permanece el amor.

### “Y se volvieron canción”

La última sección, que incluye algunos poemas que no hicieron parte de la obra publicada en 1995, funciona como un epílogo del universo lírico de Rodolfo de Roux y como una suma de canciones deliberadamente volcadas hacia los otros, cuyas imágenes son dialogantes, apelativas y quieren vincular sensibilidades alrededor de las convicciones, saberes, sentires y búsquedas del sujeto lírico y del autor de carne y hueso del poemario: el intento de delinear el trayecto de la vida humana, cuyo movimiento pendular entre desolación y consuelo, entre espacio físico y espiritualidad, se constituye en contraposición existencial que abarca la mañana festiva y el llanto de la noche invernal, hasta conducir a Dios (*Caminito*); la gratificación que entraña el festejo de las actividades agrarias como canto agradecido del corazón (*La molienda*); el homenaje alegórico a la tejedora de lanas y guabinas, metamorfoseada en bordadora de penas y dichas como resonancia del alma humana (*La tejedora*).

Por su parte, el poema *Serenata a Colombia* es canto que elogia al país, sin desconocer el dolor porque perdimos la ruta y malgastamos la herencia. Por ello, la canción solicita hombres honestos y trabajadores, mujeres renovadas y risas infantiles alegres y sonoras como un ritual para espantar el dolor y las penas. En el último poema, no por casualidad titulado *Dios es amor*, el sujeto lírico en una especie de legado, se desdobra en un sacerdote lleno de sabiduría, con un corazón comprensivo al servicio de todos que reitera y alaba el amor de Dios por el género humano y nos invita a hermanarnos por medio de vínculos solidarios que superen diferencias.

He aquí entonces los logros poéticos de un proceso de decantación literaria proveniente de un yo lírico en quien confluyen el sacerdote, el guía espiritual, el teólogo, el maestro y el amigo que siempre fue Rodolfo Eduardo de Roux quien al final de su vida decidió intervenir la propia producción lírica en búsqueda de mayor concreción, claridad y compromiso con la palabra dialógica, con la ética del cuidado del mundo y de los otros, con las convicciones teológicas acumuladas durante la vida, con la esperanza en la regeneración axiológica, y con la fe inquebrantable en el amor de Dios.

Al recorrer el lirismo de Rodolfo Eduardo de Roux, en cuanto forma de presentir, dialogar y disfrutar la cercanía y la presencia de Dios como inmanencia plena, es posible establecer un diálogo con otros acentos líricos en la poesía colombiana, que de diferentes maneras y en variados registros poéticos conforman una peculiar cartografía de experiencias cercanas a lo religioso, lo sagrado o a distintas formas de misticismo.

En este sentido, las epifanías de la poética de Rodolfo de Roux se emparentan con la mística en tanto adhesión al misterio y al extrañamiento frente a lo trascendente, que solo puede presentirse o encarnarse por medio de una operación de doble desplazamiento: trasladar lo sensible a un más allá y traer ese otro mundo a nuestro más acá<sup>5</sup>; cómo no pensar entonces en la deriva poética de la filosofía sufi, presente en varios trayectos de la poesía colombiana de los últimos tiempos, según la cual la presencia divina se manifiesta en la belleza del universo asociada con la perfección de lo creado, significación persistente en algunos poemarios de la barranquillera Meira de Mar y de Jorge Cadavid; o incluso, cómo no invocar poemas de Elkin Restrepo y de David Mejía Velilla, en los que el lirismo es un ejercicio sensible e intelectual que permite contemplar a Dios o su resonancia en las cosas y en todas partes, y a su vez, acceder a distintas formas de trascendencia.

Igualmente, en estos trayectos de religiosidades, sacralizaciones y derivaciones místicas de la poesía colombiana no es posible olvidar que en varias ocasiones la sacralización del cuerpo y de la sensorialidad desemboca en impactantes epifanías de lo trascendente en un significativo corpus lírico de Héctor Rojas Herazo, y más recientemente, en buena parte de la poesía de Rómulo Bustos Aguirre.

## Referencias bibliográficas

Aguiar e Silva, Víctor Manuel. “Lírica, épica y dramática”. En *Teoría de la literatura*, dirigida por V. M. Aguiar e Silva, 180-186. Madrid: Gredos, 1984.

Cadavid, Jorge. *Escribir el silencio. Ensayos sobre poesía y mística*. Medellín: Fondo Universitario Eafit, 2013.

De Roux, Rodolfo Eduardo. *Vida que pasa. Poemas*. 3 vols. Bogotá: Editorial Presencia, 1995.

\_\_\_\_\_. *Antología*. Bogotá: La Imprenta Editores, 2017.

<sup>5</sup> Cadavid, *Escribir el silencio. Ensayos sobre poesía y mística*, 7.

- Figuerola, Cristo. “*El dolor de la tierra: una estética de la reconciliación*”. En *Caminos de sombra y luz*. Homenaje al P. Rodolfo Eduardo de Roux G., S.J, compilado por Jaime Barrera, Germán Neira, y Francisco Sierra, 29-43. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- Gaitán Dávila, Enrique. “Introducción”. En *Vida que pasa*, por R. de Roux, III, 7-17. Bogotá: Editorial Presencia, 1995.
- García Berrío, Antonio; y Javier Huerta Calvo, “Los géneros poético-líricos”. En *Los géneros literarios. Sistema e historia*, por A. García Berrío y J. Huerta Calvo, 151-166. Madrid: Cátedra, 2009.
- Slawinski, Janusz, “Sobre la categoría del sujeto lírico”. En *Textos y contextos*, editado y traducido por Desiderio Navarro 2, 332-346. La Habana: Arte y Literatura, 1989.